

capitales y otros valores muebles é inmuebles. Corre tras la bonita fortuna de mistress Hoggarthy, afligido de ver que apenas da cuatro por ciento á mistress Hoggarthy, y decidido á doblar las rentas de mistress Hoggarthy. La encuentra en el hotel con la cara hinchada. (Toda la noche se la habían estado comiendo las pulgas.) «¡Santo cielo! (exclama John Brough, *esquire*). ¡Una señora de su alcurnia de V. sufrir semejante cosa! ¡La excelente parienta de mi querido amigo Titmarsh! No se dirá nunca que mistress Hoggarthy puede verse expuesta á tan horrible humillación, mientras John Brough tenga una casa que ofrecerla, una casa humilde, feliz, cristiana, señora, aunque acaso inferior al esplendor de aquellas á que ha estado V. acostumbrada en su ilustre vida. ¡Isabel, amor mio! ¡Belinda! Hablad á mistress Hoggarthy. Decidla que la casa de John Brough es suya, desde el desván hasta el sótano. Lo repito, señora: desde el sótano hasta el desván. Deseo, suplico, ordeno que se lleve ahora mismo á mi coche el equipaje de mistress Hoggarthy.» Este estilo hace reir, si se quiere, pero tristemente. Se acaba de saber que el hombre es hipócrita, injusto, tiránico. Se vuelve uno, afligido, hacia el autor, y no ve en sus labios más que sarcasmos, ni en su frente más que pena.

## IV

Escudriñemos bien; quizá en asuntos menos graves encontremos alguna ocasión de franca risa. Consideremos, no ya una infamia, sino un percance: una infamia subleva; un percance puede divertir. Nada de eso. Hasta en un pasatiempo conserva aquí la sátira su fuerza, porque conserva la reflexión su intensidad. Hay en la gracia inglesa una seriedad, un esfuerzo, una aplicación asombrosa, y los dilates cómicos se componen con tanto estudio como los sermones. El poder de la atención descomponen el objeto en todas sus partes, y le reproduce con una minuciosidad y un relieve que producen verdadera ilusión. Swift describe el país de los caballos parlantes, la política de Lilliput, los inventores de la Isla Volante, con pormenores tan precisos y congruentes como un viajero experto, explorador exacto de las costumbres y del país. Así sostenidos, lo monstruoso y lo extravagante entran en la vida real, y el fantasma de la imaginación adquiere la consistencia de los objetos que tocamos. Thackeray aplica á la farsa esa gravedad imperturbable, esa solidez de concepción y ese arte de ilusionar.—Ved una de sus tesis morales: quiere probar que en el mundo hay que amoldarse á los usos corrientes, y transforma ese lugar común en una anécdota oriental. Notad los detalles de costumbres, de geografía, de cronología y de cocina, la designación

matemática de cada objeto, de cada persona y de cada gesto, la lucidez de imaginación, la profusión de verdades locales, y comprenderéis por qué os produce su burla una impresión tan original y tan penetrante; encontraréis el mismo grado de estudio, la misma energía de atención que en las ironías y en las exageraciones precedentes: su jovialidad es tan reflexiva como su odio; ha cambiado de actitud, pero no de facultad.

«Siento aversión natural contra el egoísmo, y detesto infinitamente el hábito de alabarse uno á sí propio; pero no puedo menos de contar aquí una anécdota que ilustra el punto en cuestión, y en la cual me parece que obré con notable presencia de espíritu.

»Estando en Constantinopla hace algunos años, con una misión delicada (los rusos llevaban un doble juego, y nosotros tuvimos que enviar un negociador suplementario), Leckerbiff, bajá de Rumelia, entonces primer *galeongi* de la Puerta, dió un banquete diplomático en su palacio de verano de Bukjedere. Yo estaba á la izquierda del *galeongi*, y el agente ruso, el conde Diddlof, á su derecha. Diddlof es un pisaverde que se desmayaba con el perfume un poco subido de una rosa. Tres veces intentó que me asesinaran en el curso de la negociación; pero, naturalmente, en público éramos muy amigos, y nos saludábamos con el mayor agrado y cordialidad.

»El *galeongi* es, ó, más bien era (porque ¡ay! le apretaron el *gaznate*) un fiel sectario en política de la añeja escuela turca. Comimos con los dedos, y tuvimos por vajilla pedazos de pan. La única innovación que admitía era el uso de los licores europeos, á que hacía honor con gran deleite. Comía de un modo descomunal. Entre los platos que sirvieron, sacaron uno

enorme, que colocaron delante de él: un cordero aderezado con su lana, cargado de ajos, de asafétida, de pimienta y otros condimentos, la mixtura más endemoniada que jamás olfateó ó saboreó ningún mortal. El *galeongi* engulló una ración disparatada; según la costumbre oriental, se desvivía por servir á sus amigos á derecha é izquierda, y cuando topaba con una tajada bien cargada de especias, la hundía con sus propios dedos hasta el mismísimo *gaznate* de los convidados.

»Jamás olvidaré la mirada del pobre Diddlof, cuando Su Excelencia, haciendo una bola con un cumplido tasajo de aquella mezcolanza, y gritando *tuk, tuk* (está muy bueno), administró al tal Diddlof la tremenda píldora. En el momento de recibirla, giraron espantosamente los ojos del ruso. La tragó haciendo un gesto que anunciaba una convulsión inminente, y asiendo de una botella que á su lado había y que creyó de Sauterne, pero que resultó de aguardiente francés, se bebió cerca de una pinta antes de caer en su engaño. Aquel trago acabó con él. Le sacaron medio muerto del comedor, y le dejaron al fresco en un pabellón de verano á orillas del Bósforo.

»Cuando me llegó á mí la vez, me zampé el condimento sonriendo, dije *Bismillah*, y me relamí en señal de gusto; después, cuando sirvieron el plato siguiente, yo mismo hice una bola con tanta destreza y se la introduje en el *gaznate* al rancio *galeongi* con tal donaire, que cautivé su corazón. Desde aquel punto y hora Rusia perdió la partida, y se firmó el tratado de *Kabobanópolis*. En cuanto á Diddlof, todo había acabado para él; fué llamado á San Petersburgo, y sir Roderick Murchison le vió trabajando en las minas de Siberia con el número 3967 (1).»

(1) *Los Snobs de Inglaterra*, pág. 146.

La anécdota es auténtica á todas luces; y cuando De Foe contaba la aparición de mistress Veal, no imitaba mejor el estilo de un sumario.

Esa reflexión tan atenta es una fuente de tristeza. Para recrearse con las pasiones humanas, hay que considerarlas, á fuer de curiosos, como móviles *marrionetas*; ó á fuer de sabios, como ajustados rodajes; ó á fuer de artistas, como poderosos resortes. Si no las observáis más que como virtuosas ó viciosas, vuestras ilusiones perdidas os condenarán á negros pensamientos, y no encontraréis en el hombre más que flaqueza y fealdad. He ahí por qué rebaja Thackeray nuestra naturaleza entera. Hace en la novela lo que hizo Hobbes en filosofía. Cuando describe bellos sentimientos, casi siempre los deriva de una fuente vil. La ternura, la bondad y el amor de sus personajes son efectos de los nervios, del instinto ó de una enfermedad moral. Amelia Sedley, su favorita y una de sus obras maestras, es una pobreta lloricona, incapaz de reflexión y resolución, ciega adoradora exaltada de un marido egoísta y grosero, sacrificada siempre por su voluntad y por su culpa; una mujer cuyo amor es una mezcla de necedad y de debilidad, frecuentemente injusta, acostumbrada á ver falso, y más digna de compasión que de respeto. Lady Castlewood, tan buena y tan afectuosa, se prenda, como Amelia, de un zafio borracho é imbécil, y sus salvajes celos, exasperados á la menor sospecha, implacables contra su marido, desahogados violentamente en crueles palabras, demuestran que su amor no es virtud, sino obra del temperamento. Elena Pendennis, el dechado de las madres, es una gazmoña provinciana, algo simple, de educación estrecha, celosa también, y cuyos celos ostentan toda la dureza del puritanismo y de la pasión. Se desmaya

al saber que su hijo tiene una amante: es una acción «odiosa, abominable, horrible»; quisiera que «su hijo se hubiese muerto antes que cometer ese crimen». Siempre que la hablan de Paquita, «su semblante adquiere una expresión cruel é inexorable». Al encontrarse con Paquita á la cabecera del joven enfermo, la echa como una prostituta y como una criada. Su amor materno, como el de todas las otras, es una ceguera incurable: su hijo es su dios; á fuerza de adorarle, consigue hacerle insoportable y desgraciado. En cuanto al amor de los hombres por las mujeres, si ha de juzgársele por las pinturas del autor, no puede inspirar más que compasión ni considerarse sino como una cosa ridícula. A cierta edad (1), según Thackeray, habla la naturaleza; se topa con alguien, y, tonto ó listo, bueno ó malo, se le adora: es una fiebre. Los perros tienen su enfermedad á los seis meses; el hombre tiene la suya á los veinte años. Si se ama, no es porque la persona sea amable, sino porque se siente necesidad de amar. «¿Creéis que beberiais si no tuvieseis sed, ó que comeriais si no tuvieseis hambre?» Cuenta la historia de esa hambre y de esa sed con amargo humorismo. No parece sino un hombre desembriagado que se burla de la embriaguez. Explica circunstanciadamente, con un tono semisarcástico, las tonterías que hace el mayor Dobbin por Amelia: cómo compra los vinos malos del padre de Amelia; cómo acosa á los postillones, despierta á los criados y persigue á sus amigos, para volver á ver á Amelia más pronto; cómo, después de diez años de sacrificios, de cariño y de favores, se ve pospuesto al retrato de un marido infel, grosero, egoísta y difunto. El más triste de esos rela-

(1) *Pendennis*, tomo III, pág. 111.

tos es el del primer amor de Pendennis: miss Fotheringay, la actriz á quien adora, mujer positiva, excelente ama de gobierno, tiene la inteligencia y la instrucción de una Maritornes. Habla al mancebo del buen tiempo que hace y del pudding que va á preparar: Pendennis descubre en esas dos frases una profundidad asombrosa de talento y una majestad de abnegación sobrehumana. Pregunta á miss Fotheringay, que acaba de representar el papel de Ofelia, si Ofelia está enamorada de Hamlet. «¡Yo enamorada de ese comiquillo de la lengua encanijado, de Bingley!» Pen indica que se trata de la Ofelia de Shakespeare. «Bien, no hay ofensa; pero por Bingley no daría yo este vaso de ponche.» Y se bebe el vaso lleno. Pen la pregunta acerca de Kotzebue. «¡Kotzebue! ¿quién es?—El autor de la obra en que ha representado V. tan admirablemente.—No sabía; el nombre que hay al principio es Thompson.» Pen se extasia con esa encantadora sencillez: «¡Pendennis! ¡Pendennis! ¡Cómo ha dicho este nombre!... ¡Emilia! ¡Emilia! ¡Qué buena, qué noble, qué hermosa, qué perfecta es!» Todo el primer volumen gira sobre ese contraste; parece que Thackeray dice á sus lectores: «Queridos hermanos en humanidad, de cada cincuenta días somos unas buenas piezas los cuarenta y nueve; el quincuagésimo, si nos limpiamos de orgullo, de vanidad, de maldad, de egoísmo, es porque nos da un tabardillo; nuestra abnegación es hija de nuestra locura.»

## V

Sin embargo, á menos de ser Swift, hay que amar alguna cosa: no es posible estar hiriendo y destruyendo siempre; el corazón, fatigado de menosprecio y de odio, necesita descansar en el elogio y el afecto. Por otra parte, censurar una falta es alabar el mérito contrario, y no se inmola una víctima sin erigir un altar. Las circunstancias designan la una; las circunstancias erigen el otro; y el moralista que combate el vicio dominante de su país y de su siglo predica la virtud contraria al vicio de su siglo y de su país. En una sociedad aristocrática y mercantil ese vicio es el egoísmo y el orgullo; Thackeray exaltará, pues, la dulzura y la ternura. Poco le importa que el amor y la bondad sean ciegos, instintivos, irracionales, ridículos; tales y como son, los adora, y no hay contraste más notable que el de sus protagonistas y de su admiración. Crea tontas, y se arrodilla delante de ellas. El artista y el comentador se contradicen: el primero es irónico, y el segundo panegirista; el primero pone en evidencia las niñerías amorosas, y el segundo las ensalza; el principio de la página es una sátira en acción, y el fin una serie de ditirambos. Los elogios que prodiga á Amelia Sedley, á Elena Pendennis, á Laura, son infinitos; jamás hubo autor que hiciese la corte á sus heroínas de una manera más visible y porfiada: les inmola los hombres, no una, sino cien veces. «Es